

Mas Osnovski, por el contrario, no podía conformarse con él. Tanto en Pritulov como en Varsovia, donde todo le recordaba á su mujer, la vida habia llegado á hacersele insoportable, y de consiguiente resolvió partir. Hallándose ya algo alterada su salud, durante su viaje se sintió peor, y, llegado á Viena, se puso gravemente enfermo. Al principio se trataba de una simple *influenza*, pero no tardó ésta en degenerar en un tifus del peor carácter. El enfermo perdió el conocimiento y, recogido en un asilo, quedó encomendado á manos mercenarias y cuidado por médicos extranjeros. Lejos de su patria, quedó solitario y enfermo en país extranjero; en sus sueños calenturientos, parecíale tener cerca de él un rostro conocido, un rostro que era para él el más querido en la tierra, y lo creyó asimismo cuando recobró los sentidos. Pero se sentía tan débil, que ni siquiera podía moverse, ni hablar, ni asociar sus ideas.

Después, inmediatamente después, desvaneciése aquel rostro que habia soñado. Buscó á la hermana que con tanta solicitud le habia curado, y se apoderó de él un extinguido afán de recobrarla...

LXVI

Después que Svirski y Zavilovski hubieron partido, los esposos Polaniecki reanudaron su primitiva vida de retiro, y únicamente velan á la familia Bigiel, á la señora Emilia y al profesor Vaskovski, lo cual no impedía que se encontraran muy bien y muy dichosos. Polaniecki trabajaba muchísimo y estaba especialmente ocupado en llevar á cabo un negocio suyo particular del cual no quería decir palabra á nadie. Tan pronto como acababa su trabajo, apresurábase á volver á su casa; ahora tenía todavía más afán en estar al lado de Marina que cuando eran novios y vivía ella aún al lado de su padre.

Así transcurrió el invierno. En el mes de Febrero, Polaniecki hizo varios viajes para negocios, y cada vez que volvía de uno de esos viajes, celebraba largas conferencias con Bigiel. Pero, á fines del mes, pudo dedicarse más á su familia, y dió pasos con su mujer y con el niño.

Su vida uniforme veíase, de vez en cuando, modificada por las visitas de la señora Bigiel.

Por ésta vino Marina á saber que la señorita Ratkovski había abierto un asilo para niños, con el pequeño capital que la señorita Elena le había destinado, y que Osnovski había partido realmente para Egipto, pero no sólo, sino en compañía de su Anetka, que después de su curación había vuelto á ser la compañera de su vida. El señor Kraslovski, aquel sujeto que había hecho de segundo testigo en el duelo de Masko, había encontrado juntos á los dos esposos en Trieste, y se lo había contado en tono irónico á Polaniecki, terminando su relato con estas palabras:

—Ahora la señora Osnovski ha tomado el aire de una penitente.

Mas Polaniecki, que sabía por experiencia propia cuánto puede cambiar el dolor á una persona, y que de consiguiente debía creer sincero el arrepentimiento de la esposa extraviada, había contestado en tono grave:

—Si su marido la ha perdonado, nadie tiene ya el derecho de condenarla.

Entre tanto había llegado de Italia una noticia sorprendente, que había conmovido no solo á los amigos de Svirski, sino á Varsovia entera. Corría la voz de que el pintor se había desposado con la señorita Castelli, y que su boda se celebraría inmediatamente después de Pascua.

Marina, extraordinariamente sorprendida, persuadió á su marido de que escribiera inmediatamente á Svirski para pedirle aclaraciones. Diez días después llegó la contestación, y cuando Polaniecki, pronunciando las palabras: «Carta de Ro-

ma,» entró en el cuarto de su mujer, ésta corrió á su encuentro, y en medio de una viva curiosidad, leyeron juntos lo que sigue:

«¿Me pregunta usted si es verdad lo que se está propalando? No, amigo mío; no es verdad. Y para darle á entender que es imposible una cosa semejante y que no sucederá jamás, es menester que antes le hable de Zavilovski. No hace más que tres días que se halla aquí, porque yo le había aconsejado que se quedara por unos cuantos días primero en Florencia, luego en Parma y por último en Ravena. Ahora le he persuadido de que haga un viaje á Atenas, y mañana sale para Brindis. Entre tanto pasa casi todo su tiempo en mi taller, y habiendo yo observado que había algo que le preocupaba, para darle ocasión á que se explicará, tuve la imprudencia de preguntarle si tenía oculto por casualidad algún soneto en su bolsillo. ¿Sabe usted qué efecto le produjo esta sencilla pregunta? Se puso pálido como la cera, y dijo que hasta entonces aún no había escrito nada, pero que pronto empezará á hacer algo. Después tiró de pronto y con violencia el sombrero al suelo y se puso á llorar como un niño. Jamás había visto una explosión de dolor semejante. Me dijo repetidas veces que él, por sí mismo, había aniquilado su talento, que ahora estaba completamente desprovisto de ideas, que nunca más volvería á rehacerse, y que habría sido mil veces mejor que la señorita Elena no le hubiera salvado. Esto es lo que le ha pasado, mientras que la gente se figura que ya no escribe porque se ha vuelto ri-

co. Ya no es posible remediarlo. Este infeliz se ha echado á perder, al asesinar su corazón y su talento.

> No puede salirse de la imaginación lo que usted me ha preguntado. ¡Dios omnipotente! ¡cármame con la señorita Castelli! Con esa mujer que, después de haberse divertido con nuestro infeliz amigo, le despidió como un juguete inútil... no, esto jamás lo podré olvidar. Creo haberle dicho alguna vez que únicamente un bribón ó un loco podía cármame con una señorita semejante, y yo, ni soy un loco, ni mucho menos un bribón. Podría llegar á perdonar una ofensa que se me hubiese hecho á mí mismo, pero una ofensa hecha á otro, jamás. Esto es todo lo que puedo decirle sobre este asunto.

> Esperaré todavía un año, y luego le volveré á pedir á la señora Ratkovski si quiere ser mi mujer. ¡Bendígala Dios, tanto si acepta como si me rechaza! Mi resolución es irrevocable.

> Ese chisme se habrá originado de haberme visto alguna vez con la señora Bronicz y con su sobrina, que se hallan todavía en Roma; pero no hablemos más de eso, porque no vale la pena de hablar de ello.

> ¿Qué me dice usted de Osnovski? Decididamente existe algo bueno en aquella señora, y luego que le cuidó con tanta abnegación durante su enfermedad. ¡Oh! á pesar de que me he devanado los sesos para explicármelo, todavía no sé lo que debo pensar de ese par... ¡Basta!

> Un beso en mi nombre al pequeño arriano. Volveré á fines de primavera.—*Svirski.*>

LXVIII

La primavera de aquel año fué muy precoz. Entre fines de Marzo y principios de Abril, Polaniecki hizo otros viajes de corta duración, y estuvo ausente algunos días. El y Bigiel estaban tan atareados, que muchas veces sallan de su despacho á altas horas de la noche. La señora Bigiel estaba convencida de que se trataba de negocios de una gravedad excepcional; pero se extrañaba de que su marido, que no sólo tenía la costumbre de hablar con ella de todos sus asuntos, sino que hasta muchas veces le pedía consejos, esta vez guardara un silencio tan misterioso como absoluto.

También Marina había notado que su Stach debía llevar algo entre manos. Siempre estaba tierno y solícito, mas ella comprendía que le absorbía por completo una sola idea, de la cual nada le podía distraer. Esta singular distracción seguía creciendo de día en día, y cuando llegó Mayo, Polaniecki se hallaba en un estado verdaderamente febril.. Marina estuvo por largo tiempo en la indecisión de si debía ó no preguntar á su marido la causa de todo aquello, aun cuando no fuese por otra cosa que por-

que él no se figurase que á ella le tenían sin cuidado los asuntos de su marido. Al fin resolvió esperar una ocasión oportuna.

Cierto día creyó llegada esta ocasión. Polaniecki había regresado á su casa más pronto de lo que solía, y parecía estar de muy buen humor. Marina le miró y le preguntó casi sin querer:

—Hoy debe haberte pasado algo agradable, ¿no es verdad, Stach?

Este se sentó á su lado y, en vez de contestarla, la dijo con un tono de voz muy singular:

—¡Que tiempo tan maravillosamente hermoso tenemos este año! ¿sabes lo que he estado pensando repetidas veces durante estos últimos días? Que este año, tanto para tu salud como para la del niño, tendremos que abandonar la ciudad más pronto que el año pasado.

—¿Crees que no estará ya alquilada á otro la quinta de Bucineh?

—Bucineh está vendido ya,—contestó Polaniecki.

Y tomando entre sus manos las de su mujer, y fijando en sus ojos una mirada de infinito amor, añadió:

—Tengo que decirte algo, amor mío, que te gustará mucho; pero antes prométeme que no te moverás demasiado.

—¡Oh! ¿De qué se trata, Stach?

—Oye prenda mía. Cuando Masko huyó al extranjero porque no podía pagar sus deudas, los acreedores embargaron todos sus bienes y los bastaron. Magierov fué dividido en lotes; pero Kerzemien Skoki y Suchacin se podían salvar aún, y

por eso... no te conmuevas, bien mío... por eso, los he comprado para tí.

Marina le miró como petrificada durante algunos segundos, como si no diera crédito á sus propios oídos, mas su marido estaba también tan conmovido, que no era posible hubiese hablado en broma. Llenáronsele de lágrimas los ojos, y por último, echándole los brazos al cuello, exclamó:

—¡Stach!

Nada más pudo decir; pero había tanta gratitud, tanto amor y tanta alegría en aquella sola palabra, que Polaniecki se dió por sobradamente recompensado.

—He tratado de reparar una antigua falta mía,—repuso:—Dios sabe que no tengo otra alegría que la tuya... Pero si yo te hubiese comprado diez Kerzemiens, no te habría recompensado aun por toda la felicidad que tú me has proporcionado.

Sus palabras tenían la expresion genuina de la sinceridad. Marina apoyó la cabeza en el hombro de su marido, y mirándole con ojos húmedos y brillantes, exclamó:

—¡Oh, Stach mío! ¡Jamás, jamás habría imaginado que debiera ser tan dichosa!

Polaniecki, conmovido, pero triunfante, se puso á recorrer á grandes pasos la habitación.

—No está todo concluido, Marina, tenemos que ponernos aún de acuerdo sobre lo más importante, porque yo no tengo ni la más mínima idea de lo que es la administración de una hacienda, y tu tendrás mucho que hacer. Trabajaremos juntos. Me parece que no nos caerá poco que hacer.

—¡Mi adorado Stach! Sé que tú has hecho esto únicamente por mí; mas confío que esto no habrá perjudicado tus intereses.

—Absolutamente nada. He obtenido Kerzemien á muy buen precio, según confesión expresa de Bigiel. Además, no dejo de formar parte de nuestra casa comercial. No debes abrigar temor alguno de que en Kerzemien vuelvan á empezar para tí los aburrimientos y los disgustos de otro tiempo; aun partiendo del supuesto de que allí todas las cosas anden á mal traer, cosa que no creo, puedes tener la seguridad de que tendríamos siempre lo suficiente para vivir.

—¡Oh!—dijo Marina, mirándole como si su Stach un Napoleón ú otro conquistador cualquiera,—estoy convencida de que tú eres capaz de llevar á término todo lo que emprendes; pero sé que has comprado Kerzemien por mí.

—Ya puedes comprender,—replicó Polaniecki,—que lo he hecho porque te amo y porque tu corazón está encariñado con Kerzemien. Tú me has dado á comprender lo que significa poseer un pedazo de tierra que sea nuestro.

Restablecida la calma, acordaron ir juutos, con toda la familia, en peregrinación á Kerzemien, á á fines de la semana, habiéndolo ya prevenido todo Polaniecki para dar hospedaje á la señora de la hacienda. De pronto aquél prorrumpió en una carcajada.

—Me gustará oír á tú papá,—dijo.

La idea del inmenso asombro que experimentaría su padre, fué otro motivo de satisfacción para

Marina. Cuándo el viejo Plavicki vino á comer, ésta le salió al encuentro y le comunicó inmediatamente la alegría nueva. No fué menos su estupefacción de lo que lo había sido la de su hija.

Fuese que le hubiera conmovido la alegría de su hija, ó fuera que sintiera cierto cariño á aquel pedazo de tierra donde había transcurrido casi toda su vida, ello fué que los ojos del viejo se humedecieron, y empezó á hablar de su sudor que había fecundado aquella tierra, del último asilo del pobre viejo, y por último, dirigiéndose á Polaniecki, terminó diciendo:

—Quiera Dios que tú seas allí más afortunado que yo, y que sepas componértelas como he sabido componérmelas yo. Puedes contar con que siempre estaré dispuesto á ayudarte con mi cooperación y con mis consejos.

Aquella misma noche, Marina, loca de alegría, le dijo á la señora Bigiel:

—¿No te parece imposible, el que una no esté enamorada de un hombre como éste?

LVIII

Toda la familia Polaniecki llegó á Kerzemien después de anochecido; la servidumbre les ofreció pan y cecina. Después Marina, medio llorando y

medio riendo, visitó todos los rincones de la casa, y la emoción no le dejó conciliar el sueño hasta al amanecer del siguiente día. Por este motivo, Polaniecki no la permitió levantarse temprano; pero como ella deseaba asistir á la misa mayor, en la iglesia de Vatoré, la prometió que la despertaría con tiempo. Entretanto Polaniecki, después de haber almorzado, salió al campo libre para visitar su nueva posesión.

Era á principios de Mayo. Durante la noche había llovido, pero entonces el sol brillaba con todo su esplendor por entre las nubes que empezaban á disolverse. Como era domingo, los campos estaban desiertos, y por todas partes reinaba la calma y el silencio. Polaniecki caminó largo rato, cuanto más adelantaba, más iba notando lo descuidada que estaba aquella hacienda. Aun cuando era poco práctico en los terrenos, y casi nada entendía de agricultura, persuadióse, sin embargo, de que para hacer que Kerzemien diese producto, y para sacarlo de su actual estado de decadencia, se necesitaba mucho trabajo y mucho capital.

—Afortunadamente, tengo dinero suficiente, y soy lo suficientemente inteligente, para darme cuenta de que no sé nada y de que tengo mucho que aprender,—se dijo.—Pongamos, pues, manos á la obra.

Involuntariamente se quedó plantado. Habíase alejado demasiado de su casa. Consultó el reloj y comprendió que tenía que andar muy deprisa si quería llegar á tiempo para que pudieran asistir á la misa mayor de Vatoré. Al fin llegó á Kerzemien

medio rendido y, llegado á la puerta del cuarto de Marina, dió dos golpes en ella, preguntando:

—¿La señora está dispuesta para ir á misa?

—Sí, estoy dispuesta; pasa adelante.

Marina llevaba puesto un traje claro de percal, completamente parecido al que llevaba la primera vez que Polaniecki fué á visitar Kerzemien. Habíase vestido expresamente de aquel modo y con gran satisfacción de ella, su marido lo había notado en seguida, puesto que, tendiéndole los brazos, exclamó:

—¡Señorita Plavicki!

Acercósele ésta, ruborizándose y apretando su rosada nariz contra la mejilla de su esposo, señaló con la mano donde dormitaba un pequeñín. Pocos minutos después hallábanse, con el papá Plavicki, camino de Vatoné, á donde llegaron cuando ya habían acabado de tocar á misa.

La nave de la iglesia estaba atestada de campesinos y llena de nubes de incienso. El celebrante era el mismo sacerdote que Polaniecki había visto ya y las mismas ramas de encina azotaban, movidas por el viento, los vidrios de la ventana.

—Todo pasa,—pensó Polaniecki;—dolor y alegría, temor y esperanza; cambianse las ideas y los sistemas filosóficos: únicamente la misa sigue celebrándose como antiguamente, como si ésta debiese durar por toda una eternidad.

Terminada la misa, al salir de la iglesia, se acercaron á saludarles todos los habitantes de los alrededores, amigos de Marina y de Plavicki. Este último miraba á todos lados buscando á la señora

Jamiz, pero en vano, porque á la sazón la señora Jamiz hallábase en Varsovia.

En cambio el consejero se acercó muy gozoso á Marina, y la dijo:

—¡Mi querida discípula, mi querida Marina! Tiene V. realmente, el aspecto de una jovencita, apesar de ser ya madre de un joven.

Marina se puso colorada de gozo; más en aquel momento se aproximó Gatovski, con sus acostumbradas maneras apocadas y rústicas. Parecía extasiado ante la belleza de Marina, y afligido por la felicidad que le había sido negada. La señora Polaniecki le saludó también con cierto embarazo, mientras Plavicki le estrechaba, sin cumplimientos, la mano, diciendo:

—¡Otro conocido antiguo! ¿Que tal vamos?

—Como siempre,—contestó Gatovski.

Marina y Plavicki convidaron á comer con ellos á Kerzemien al señor Jamiz y a Gatovski, y hacia allá se encaminaron todos juntos, yendo delante Marina y Polaniecki, después Plavicki y Jamiz y detrás de todos Gatovski, en su coche tirado por dos jamelgos.

Por el camino, el viejo Plavicki le decía al consejero:

—No puedo decir que mi hija no sea feliz. Polaniecki es un buen hombre y hasta tiene mucha energía; pero...

—Pero ¿qué?—preguntó Jamiz.

—Pero tiene algo de loco. ¿Recuerda V. como me persiguió por aquellos veinte mil miserables rublos, hasta el extremo de que tuve que vender

Kerzemien?... Si él no me hubiese perseguido, ahora habría sido innecesaria esta compra, porque la hacienda la habría tenido del mismo modo después de mi muerte...

Y tocándose la frente con la mano, añadió:

—Un buen hombre, pero aquí le falta algo.

Entretanto habían llegado frente á la escalinata. Marina les salió al encuentro llevando en brazos al niño.

—Antes de sentarnos á la mesa, he querido presentaros mi hijo,—dijo.—¿No es verdad que está ya muy crecido.

Eso diciendo, tendía el niño al señor Jamiz, más apenas éste hizo ademán de tomarlo en brazos, el chiquitín hizo una mueca y lanzó un grito tan agudo, que el consejero ni se atrevió á tocarlo.

Entretanto había llegado también Gatovski.

Durante la comida, la conversación versó especialmente sobre Kerzemien.

—¿Se acuerda V.—dijo el señor Jamiz, dirigiéndose á Polaniecki—de que una vez le dije que la tierra nos atrae de una manera irresistible, y que únicamente éste es el origen de la riqueza? Entonces V. no era de mi opinión, y sin embargo, ya ve usted, se ha convertido en propietario de Kerzemien.

—Únicamente por ella lo he hecho,—contestó Estanislao, señalando á su mujer.

El señor Jamiz, que tenía la debilidad de escuchar con gusto sus propias palabras, entornó los párpados y continuó:

—Si, ha vuelto V. por su esposa; el mérito es

todo suyo, y á una señora semejante se la debería engarzar en oro como una piedra preciosa. V. ha reconquistado el suelo que pertenecía á sus padres. Bien mirado, todos nosotros deberíamos tener esculpido en nuestros blasones un azadón ó un arado. Y hoy, tenemos que celebrar, no solamente la vuelta del señor Estanislao Polaniecki y de la señora Marina Polaniecki, sino también el regreso de la familia, por que en ésta se ha despertado el espíritu de nuestros antepasados, que vivieron en este suelo y lo fecundizaron con su sudor.

Pronunciadas estas palabras, levantóse el consejero y, alzando su vaso, brindó:

—¡A la salud de la familia Polaniecki!

Pusiéronse todos en pie para hacer chocar sus vasos con el de Marina, que les daba las gracias llena de emoción. Volviéndose luego ésta á su marido, murmuró:

—¡Stach, que dichosa soy!

Al anoecer, Marina y Polaniecki, dieron una vuelta por el jardín, cogidos del brazo. El sol próximo á la puesta, parecía una inmensa bola de fuego. Ni el más ligero soplo de viento agitaba las hojas de los árboles, cuyas cimas estaban ligeramente doradas. En el corral, á la parte posterior de la casa, oíase graznar las cigüeñas; por todas partes reinaba la misma calma suave y solemne de otro tiempo.

Los dos esposos hablaban en voz baja. Aquel pequeño pedazo de tierra, compendiaba entonces todo su mundo. Allí debía empezar para ellos una nueva vida de trabajo y de fecunda actividad.

Cuando se hubo puesto el sol, regresaron á la galería. Marina se aproximó á su esposo, diciéndole:

—Aquí seremos completamente felices; ¿no es verdad, Stach?

Abrazóla éste, y estrechándola todavía más contra su pecho, le contestó casi susurrando:

—¡Amor mío! ¡mi dulce y única compañera!

Y para aquellos dos seres empezó una vida que, si bien no estuvo completamente desprovista de cuidados, les ofreció más miel que ajeno.

El autor de este libro ha saboreado esta miel, y ha encontrado en ella la fuerza de su inspiración.

FIN



